

Daniel Bertaux

Los relatos de vida

Perspectiva etnosociológica

 **BIBHUMA**
Biblioteca de Humanidades y
"Prof. Guillermo Obiols"

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>
bibhuma@fahce.unlp.edu.ar
Tel / Fax: 54-0221-423 5745
Calle 48 entre 6 y 7 - 1er. subsuelo

Facultad de Humanidades y
Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata



SGU

4 PRES

FAHCE Biblioteca Centra.
Nº Inv. 61874.....
Sig. Top. ...50.11.....
Fecha de Adic. ...03.02.11.....

Diseño de la cubierta: Joaquín Monclús

Traducido por: Godofredo González

Título original: *Les récits de vie*

© Nathan-Université, 1997

© Edicions Bellaterra, S.L., 2005
Navas de Tolosa, 289 bis. 08026 Barcelona
www.ed-bellaterra.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Impreso en España
Printed in Spain

ISBN: 84-7290-296-X
Depósito Legal: B. 37.916-2005

Impreso por Hurope, S.L., Lima, 3 bis. 08030 Barcelona

1. La perspectiva etnosociológica

Cuestiones epistemológicas

Nos parece indispensable recordar aquí en líneas generales la epistemología de la que depende la indagación etnosociológica, forma en la que está inserto el recurso a los relatos de vida tal como nosotros lo concebimos.¹

Mediante la expresión «perspectiva etnosociológica» designamos un tipo de investigación empírica basada en el trabajo de campo, inspirado en la tradición etnográfica para sus técnicas de observación, pero que construye sus objetivos por referencia a ciertas problemáticas sociológicas. De hecho, el sociólogo no puede contentarse, como hace el etnólogo, con describir un campo particular (una comunidad humana de dimensiones restringidas) y analizar su subcultura. A pesar del interés intrínseco de tales descripciones monográficas y sociológicas, tiene que tratar de pasar de lo particular a lo general, descubriendo dentro del campo observado formas sociales —relaciones sociales, mecanismos sociales, lógicas de actuación, lógicas sociales, procesos recurrentes— que se podrían presentar igualmente en múlti-

1. El artículo de Schwartz (1993) constituye hasta ahora el mayor esfuerzo para tratar de las cuestiones epistemológicas planteadas por la encuesta «etnográfica» de campo llevada a cabo en un marco sociológico. La obra de Lapassade titulada *Ethnosociologie* (1991) presenta de forma sucinta las principales orientaciones estadounidenses de la sociología cualitativa y después algunas investigaciones de campo efectuadas en Gran Bretaña sobre diversos aspectos del funcionamiento de establecimientos escolares. Sobre los etnólogos que estudian la sociedad francesa, véase Althabe, Fabre y Lenclud, 1992.

plos contextos similares. Esta tensión entre lo particular y lo general tiene su expresión en el término mismo de *etnosociología*. El prefijo «etno» remite aquí no a los fenómenos de etnicidad, sino a la coexistencia dentro de una misma sociedad de mundos sociales que desarrollan cada uno su propia subcultura (Laplantine, 1996).

Por lo demás, este término no es completamente satisfactorio, porque pasa por alto una dimensión constitutiva de fenómenos sociales, la dimensión histórica. C. Wright Mills decía que «la ciencia social trata de los problemas de la biografía, de la historia y de sus intersecciones dentro de las estructuras sociales» (Mills, 1967, cap. 8). Eso se puede interpretar como una invitación a los sociólogos a adoptar una perspectiva que sería etno-histórico-sociológica. La advertencia de que cualquier fenómeno social se halla inserto en el movimiento histórico general de transformación de las sociedades, y también de que la presencia de la dimensión temporal se halla inserta en todo fenómeno social, nos parece tanto más necesaria cuanto que muchos trabajos sociológicos hacen abstracción de ella.

El punto central de este capítulo es que una investigación etnosociológica no se halla en el mismo espacio epistemológico que aquel otro, mucho más familiar a los sociólogos, que se elabora partiendo de *otra* forma muy distinta de indagación, la encuesta mediante cuestionarios sobre una muestra representativa o encuesta «cuantitativa», que ha sido durante mucho tiempo la forma canónica de la indagación empírica en sociología. La finalidad es la misma: fomentar los conocimientos sociográficos y sociológicos; pero los caminos que conducen a ese fin son distintos porque cada uno tiene su lógica específica. Ahora bien, si la de la encuesta cuantitativa, la lógica hipotético-deductiva, es ya del dominio común y se enseña por doquier, aún no ocurre lo mismo en Francia por lo que respecta a las otras formas de indagación. Por eso se cae en la tentación de evaluarlas según los criterios de buena metodología elaborados para la encuesta cuantitativa, preguntándose si su muestra es realmente representativa, si sus datos son realmente objetivos, si las hipótesis de partida han sido bien verificadas...

Sin embargo, a nadie se le ocurriría aplicar los criterios propios de los trabajos de campo a una encuesta cuantitativa: ¿ha favorecido la observación de un fenómeno en profundidad? ¿Se ha adaptado la tabla de preguntas a la situación específica de cada entrevistado? ¿Ha permitido la encuesta descubrir algunos procesos y teorizarlos? Lo

absurdo de tales preguntas salta a la vista, pero las cuestiones simétricas no lo son tanto, salvo para los investigadores que ya están familiarizados con el trabajo de campo. Por eso tenemos que precisar no sólo a qué tipo de fenómenos sociales se aplica la perspectiva etnosociológica, sino también cuáles son los principales criterios de validez de las indagaciones hechas en esa perspectiva.

Los objetos de estudio de la investigación etnosociológica

Las sociedades contemporáneas están caracterizadas por un doble movimiento contradictorio de *homogeneización* y de *diferenciación*. La homogeneización es bien visible no sólo en los modos de consumo o los referentes culturales comunes, sino también, por ejemplo, en la tendencia a la extensión de los derechos sociales a toda la población (Castel, 1995). Pero a la vez, los progresos de la diferenciación funcional terminan multiplicando los sectores de actividad o «mundos sociales» (Strauss, 1995, pp. 269-282) cada vez más numerosos y especializados. Este último fenómeno es el que Bourdieu trata de teorizar mediante el concepto de «campo», pero, como reconoce él mismo, ninguna teoría general de los campos sería capaz de predecir de antemano, más allá de ciertos principios universales, las formas que adoptarán tal o cual campo estructurando las actividades de un mundo social determinado. Cada uno de ellos exige un estudio empírico específico.

Por otra parte, la vida social engendra una variedad cada vez mayor de «categorías de situación» emergentes o socialmente reconocidas.

La perspectiva etnosociológica toma nota de esta diversidad y propone una forma de investigación empírica adaptada a la captación de la lógica propia de tal o cual mundo social, o de tal o cual categoría de situación.

Los mundos sociales

Un mundo social se construye en torno a un tipo de actividad específica. La panadería artesana, el transporte por barco, el taxi, el trans-

porte por carretera, la producción y venta de chalets, correos, ferrocarriles, la policía, la enseñanza primaria, el periodismo, la televisión, tal o cual aspecto del arte (la pintura, la literatura) son otros tantos ejemplos de mundos sociales centrados en una actividad *profesional*. Pero también hay ciertos mundos sociales que se desarrollan en torno a actividades no remuneradas, ya sean culturales, deportivas, asociativas, etcétera.

Dentro del macrocosmos que forma la sociedad global, los mundos sociales constituyen en cierto modo mesocosmos de los que cada uno está constituido por numerosos microcosmos: panaderías, escuelas primarias, comisarías de policía, oficinas de correos, consultorios de protección materna e infantil.

La hipótesis central de la perspectiva etnosociológica es que las lógicas que rigen el conjunto de un mundo social o mesocosmos se dan igualmente en cada uno de los microcosmos que lo componen: observando con atención uno solo, o mejor varios de estos microcosmos, y por poco que se logre identificar las lógicas de acción, los mecanismos sociales, los procesos de reproducción y de transformación, se deberían poder captar al menos algunas de las lógicas sociales del mesocosmos mismo.

Ésta no es más que una hipótesis, pero una hipótesis que ha demostrado ser muy fecunda: ha sido la inspiradora de no pocos trabajos de la Escuela de Chicago, de los interaccionistas simbólicos (Becker, Goffman, Glaser y Strauss), de la sociología del trabajo o de la sociología de las organizaciones. No obstante, es necesario precisarla.

Ante todo, el funcionamiento mismo de un mundo social puede dar lugar a una variedad más o menos grande de tipos de microcosmos; estudiar sólo uno de ellos llevaría a generalizar de forma abusiva en el mundo social las características propias de un solo tipo. Para evitar este error es necesario multiplicar los campos de observación y compararlos. Pero no es indispensable que este trabajo comparativo lo lleve a cabo el mismo investigador; la investigación es una tarea colectiva y en principio acumulativa a la que cada trabajo aporta su propia contribución.

Por otra parte, los mundos sociales, y en particular los mundos centrados en una actividad profesional, constituyen espacios que los agentes pueden recorrer a lo largo de su carrera profesional. Por poco que se recurra a los relatos de vida se podrán acumular testimonios

que describen «desde el interior» no pocos microcosmos y la lógica del paso de uno a otro.

Las categorías de situación

Un segundo tipo de objeto social favorable al enfoque etnosociológico es el que llamaremos el de las «categorías de situación». Madres que educan solas a sus hijos, padres divorciados, agricultores solteros, jóvenes poco cualificados en busca de empleo; toxicómanos, minusválidos físicos, minusválidos mentales, personas que padecen una enfermedad crónica; parados de larga duración, personas sin domicilio, extranjeros en situación irregular constituyen para la administración y/o para el sentido común otras tantas categorías con características específicas. Y se podrían citar muchas otras.

El fenómeno de «situación particular» no implica necesariamente la formación de un mundo social. Las madres que educan solas a sus hijos no tienen una actividad común, igual que los parados de larga duración o los enfermos crónicos. Es la situación misma lo que es común para ellos. Esta situación es social en la medida en que origina presiones y lógicas de acción que tienen no pocos puntos comunes, en la medida en que se percibe a través de los esquemas colectivos, y en la medida en que una misma institución se ocupa eventualmente de ella.

El recurso a los relatos de vida demuestra ser aquí particularmente eficaz, puesto que esta forma de recogida de datos empíricos se ajusta bien a la formación de las trayectorias; eso permite captar mediante qué mecanismos y qué procesos ciertos individuos han terminado encontrándose en una situación dada y cómo tratan de acomodarse a esa situación.

Las trayectorias sociales

¿Habría que considerar las trayectorias sociales como un tercer tipo de objeto social a cuyo estudio los relatos de vida se adaptarían especialmente bien? La extraordinaria variedad de trayectorias en la vida, la enorme contingencia (el fruto del «azar») de la articulación de los

diversos tipos de mecanismos en el proceso de formación de cada trayectoria convierten el estudio global de los fenómenos de movilidad social por medio de los relatos de vida en una tarea imposible. Las historias de familia son a este respecto mucho más operativas (Laurens, 1992; Bertaux, 1992, 1994; Bertaux y Thompson 1997). Para poder generalizar en el estudio de la formación de trayectorias biográficas hay que reducir el campo de observación a un tipo particular de trayectoria o de contexto.

Imaginemos que se trata de definir una clase de trayectorias con referencia a la movilidad social estudiando, por ejemplo, el «éxito social» o «el fracaso social»; pero lo que designan tales expresiones abarca tal variedad de trayectorias que difícilmente se puede dominar el objeto (véase, no obstante, Terrail, 1990, cap. 7). Si, en cambio, se trata de estudiar cómo se llega a enfermera, a institutriz, a educador, camionero, informático, empresario de la construcción o delincuente profesional, toxicómano, SDF,* parece que lo que da coherencia a tales objetos es el hecho de pertenecer a un mismo mundo social o a una misma categoría de situación.

La perspectiva etnosociológica sólo se aplica a objetos sociales relativamente bien circunscritos y a quienes el recurso a los relatos de vida permite captar desde el interior y en sus dimensiones temporales. El investigador que se comprometiera en el estudio genérico de «trayectorias sociales» no especificadas de antemano correría el riesgo de verse enfrentado a tal variedad de ellas que superarían con mucho sus posibilidades de análisis.

Las técnicas de la investigación etnosociológica

El proceso etnosociológico, a la inversa del hipotético-deductivo, que establece primeramente ciertas hipótesis en función de las teorías existentes y después inicia un estudio empírico destinado a verificarlas, consiste en indagar sobre un fragmento de realidad social-histórica de la que no se sabe gran cosa *a priori*. Lo que el investigador cree saber de antemano sobre el tema da la impresión muchas veces

* Sin domicilio fijo. (N. del T.)

de pertenecer al orden de los estereotipos, prejuicios y otras representaciones colectivas cargadas de juicios morales que circulan dentro del sentido común; y el hecho de desbrozar y después sacar al espacio público ciertos elementos de conocimiento objetivo y crítico basados en la observación concreta es precisamente una de las virtudes de este tipo de investigación. Sus técnicas de observación no buscan tanto verificar las hipótesis establecidas *a priori* como comprender el funcionamiento interno del objeto de estudio y elaborar un modelo de ese funcionamiento en forma de un cuerpo de hipótesis plausibles.

El investigador se presenta sobre el terreno consciente de su ignorancia y, como haría cualquier etnólogo, se dirige a las personas que ejercen su actividad en él y que viven en él, para saber «cómo funciona eso». Esas personas —agentes, actores, miembros del mundo social o que viven la situación social que se estudia— adquirirán para él la condición de *informadores*, es decir, una condición muy distinta de la que se suele dar a los entrevistados en una encuesta sobre opiniones, actitudes o representaciones, ya se sirva de conversaciones sin directrices o de cuestionarios. Aquí el acento se pone no en la interioridad de los sujetos, sino en lo exterior a ellos: los contextos sociales de los que ellos han adquirido por experiencia un conocimiento práctico (Beaud, 1996).

En esta perspectiva, el relato de vida puede constituir un instrumento precioso de adquisición de conocimientos prácticos, con la condición de orientarlo hacia la descripción de experiencias vividas en primera persona y de contextos en los que esas experiencias se han desarrollado. Eso equivale a orientar los relatos de vida hacia la forma que un día propusimos llamar «relato de prácticas» (Bertaux, 1976).

El relato de prácticas guarda una profunda analogía con la *acción en situación* que, según ciertos autores, constituye el centro de gravedad de las nuevas sociologías (Corcuff, 1995). Pero no podemos mostrar aquí hasta qué punto, en la historia de la sociología empírica, las técnicas de observación han influido en la reflexión sociológica predeterminando los objetos de la misma. Contentémonos con señalar la profunda analogía que existe entre el proyecto (cientificista) de hacer de la sociología una ciencia «como las demás» (es decir, como las ciencias de la naturaleza) y el recurso a las encuestas cuantitativas, que dejan el camino expedito a teorizaciones pensadas en térmi-

nos de «relaciones entre variables», a semejanza de lo que ocurre con las relaciones entre magnitudes físicas cuyo descubrimiento constituye el alma de la física newtoniana. También existe una analogía profunda entre la observación directa, tal como la han practicado entre otros Erving Goffman, Barney Glaser y Anselm Strauss, y las teorías de la escuela interaccionista que tienden a concebir todos los fenómenos en términos de interacción cara a cara.

Según esto, ¿cuál sería la forma de los datos que correspondería de la manera más adecuada a un pensamiento sociológico basado en la acción en situación? Sin pretender recargar las tintas, podemos avanzar que esa forma es la del relato de prácticas.

Esta afirmación puede causar sorpresa; sin embargo, no es más que la conclusión lógica del exhaustivo trabajo de reflexión que Paul Ricœur ha efectuado sobre la hermenéutica de la acción (Ricœur, 1983-1985, 1986). Lo que Ricœur muestra es, si no la homología estructural, al menos la profunda analogía que existe entre la acción y el relato. La acción, en el sentido más genérico del término, se desarrolla en el tiempo, y la forma que mejor la describe es la forma narrativa, la del relato. Aunque Ricœur haya dirigido su atención a las formas canónicas del relato, el relato histórico y el relato de ficción, más que al relato vivencial (o la autobiografía), toda su argumentación lleva al sociólogo que le lee a la conclusión de que, en lo que concierne al estudio de la acción social (la acción «en situación»), la forma apropiada es la forma-relato. Por lo demás, ésta puede llevarse a cabo de múltiples modos: como alma de las técnicas de observación (el relato de vida sería un ejemplo), de la reflexión sociológica (enriqueciéndola con las dimensiones histórica y procesual) e incluso de la forma de escritura de la sociología (al darle la forma de relato como fruto de la síntesis que sigue al análisis, a imitación de ciertos pasajes de los clásicos; Bertaux, 1979).

Pero, atención: no se trata de abogar por un recurso exclusivo de los relatos de vida, sino de su articulación con otras formas de observación y con otras fuentes documentales. Ciertas técnicas, como la observación directa de las prácticas y de las interacciones en situación, las conversaciones informales, el recurso a informadores centrales ya han sido ampliamente experimentadas por la tradición etnográfica y después por la Escuela de Chicago (Coulon, 1992), por la corriente interaccionista y por la etnometodología. El funcionamien-

to mismo de las sociedades contemporáneas da lugar a numerosas fuentes documentales como las estadísticas, los documentos oficiales y otras fuentes escritas. Cada fuente, cada técnica productora de nuevas fuentes contribuye con su granito de arena. El relato de vida, en cuanto testimonio de la experiencia vivida, aporta entre otras la dimensión *diacrónica*, que es también la dimensión de la articulación concreta de «factores» y de mecanismos muy diversos.

Estatuto y funciones de los datos empíricos

En la investigación *cuantitativa*, los datos tienen una doble función: la de ofrecer descripciones estadísticas fiables de fenómenos colectivos producidos por la agregación de comportamientos, de actitudes e incluso de opiniones individuales, y la de verificar hipótesis, ésta más difícil de llevar a cabo (de Singly, 1992, cap. 1).

En la investigación *etnosociológica*, los datos desempeñan otras funciones completamente distintas. Éstos jamás desembocan en descripciones estadísticas; tampoco se proponen verificar las hipótesis; muestran más bien cómo «funciona» un mundo social o una situación social. Esta función descriptiva es esencial y lleva a lo que el etnólogo norteamericano Clifford Geertz llama *thick description*, una descripción en profundidad del objeto social que tiene en cuenta su configuración interna de relaciones sociales, su relación de poder, sus tensiones, sus procesos de reproducción permanente y su dinámica de transformación.

El objetivo de una investigación etnosociológica es elaborar poco a poco un cuerpo de hipótesis plausibles, un *modelo* basado en las observaciones, fructífero en descripciones de «mecanismos sociales» y en propuestas de interpretación (más que de explicación) de los fenómenos observados.

Las descripciones estadísticas que producen las indagaciones cuantitativas se consideran generalmente objetivas. Por el contrario, los relatos de vida, puesto que son claramente de naturaleza subjetiva, parecen adolecer de falta de objetividad. Sin embargo, los datos de la encuesta mediante cuestionario, antes de quedar codificados y convertidos en cifras, están formados por respuestas a cuestiones es-

tandarizadas, y esas respuestas, evidentemente, son subjetivas. Todo el mundo sabe que dependen en parte de la formulación precisa de las preguntas, de su orden de aparición, de las características del encuestador (sexo, edad, etcétera), así como de la impresión que el encuestado quiere causar en el encuestador. El hecho de que se codifiquen después esas respuestas en forma de cifras no les confiere un carácter más objetivo, sino al contrario: el hecho de la codificación supone ciertas elecciones teóricas; además, esa codificación puede introducir otros elementos sesgados.

Por otra parte, si cuando a un encuestado que responde a un cuestionario da su fecha de nacimiento, su lugar de residencia, su nivel escolar, su profesión, las de su padre y de su madre, su religión, sus motivaciones a la hora de comprar, sus preferencias políticas se le cree, ¿por qué no habría de creérsele cuando ofrece esa misma información en el marco de una entrevista prolongada cara a cara, donde es mucho más difícil mentir?

Sin embargo, hay muchos sociólogos que todavía creen que resulta ingenuo fiarse de lo que dice la gente acerca de su experiencia biográfica. Digamos que esta opinión es puramente especulativa; viene a ser una premisa que no se basa en ninguna observación empírica. Una encuesta reciente llevada a cabo con el objeto de comparar las informaciones recogidas por una parte mediante cuestionarios y por otra mediante conversaciones del tipo relato de vida ha demostrado lo infundado de esa opinión.

Esa encuesta consistía en volver a entrevistar, bajo la forma de conversaciones abiertas, a cincuenta personas que habían respondido algunos meses antes a un cuestionario biográfico preparado por el INSEE.* El cuestionario trataba de reconstruir con exactitud las trayectorias profesionales y familiares, cargando el acento en las situaciones de crisis: pérdida de empleo, divorcio, problemas de salud. La comparación de los cuestionarios del INSEE rellenos por los encuestados y de las transcripciones de sus relatos biográficos condujo a los investigadores a la conclusión de que las informaciones contenidas en los relatos biográficos eran no sólo más ricas, sino también más fiables que las recogidas mediante cuestionario (Battagliola, Bertaux-Wiame, Ferrand e Imbert, 1991, 1993).

* Instituto Nacional de la Estadística y Estudios Económicos. (*N. del T.*)

Por lo demás, no es extraño que sea así, pero conviene que eso se haya comprobado: los encuestados, al haber tenido la posibilidad de explicarse, gracias al carácter abierto de la segunda entrevista, pudieron matizar, precisar y comentar la descripción de situaciones, de acontecimientos y de actos que habían caracterizado su itinerario biográfico. Aunque ofrecieron por segunda vez las mismas informaciones fácticas sobre los acontecimientos que habían jalonado su itinerario biográfico, pudieron ante todo *poner de relieve* ese itinerario, precisando los sucesos más importantes y que más les habían impactado. También pudieron explicar las *razones* de tal cambio de profesión, de residencia o de situación familiar. Ahora bien, tales razones proceden de ordinario no de lógicas propias de uno de los ámbitos de la existencia (vida familiar, profesión, residencia), sino de sus procesos de interacción: uno puede verse obligado a cambiar de profesión o de residencia por razones familiares, de residencia por razones profesionales, o viceversa. Además, la formación del itinerario biográfico de un individuo está en interacción constante con la del itinerario de su cónyuge: «El espacio conyugal aparece como un campo de constantes interferencias» (*op. cit.*, 1993, p. 334). Un cuestionario cerrado no permite captar esas interferencias; el relato de vida abre un espacio que facilita su descripción.

Eso hace que la idea de «datos objetivos» sea más relativa. Esa noción, además, corre el riesgo de inducir a error: incluso la observación directa de los comportamientos, tan apreciada por los interaccionistas, no ofrece más que datos *fácticos* (tal persona ha hecho esto, ha dicho aquello a tal otra en tal situación), pero sólo se pueden percibir los sentidos subjetivos, el sentido intersubjetivo, y aproximarse así a su sentido «objetivo» (social) si se comprende la o las lógicas que conecta(n) la interacción observada. La metáfora del juego puede servir de ejemplo: cualquiera puede observar a dos jugadores de ajedrez y anotar sus jugadas sucesivas, pero hay que conocer las reglas de ese juego y sobre todo sus sutilezas para captar el sentido de cada situación, adivinar las intenciones del jugador y apreciar el valor de cada jugada.

Una vez replanteada así la oposición clásica entre subjetivo y objetivo se comprenderá mejor en qué aspecto los relatos de vida pueden ocultar una gran riqueza de informaciones fácticas exactas y de descripciones fiables —aunque, evidentemente, incompletas— de

encadenamiento de situaciones, de interacciones y de acciones. Y son precisamente estas informaciones y descripciones las que el sociólogo puede utilizar con ventaja para comprender las razones ocultas y las reglas del juego social que trata de identificar.

Ésa es la intención del recurso a los relatos de vida en una perspectiva etnosociológica: ir de lo particular a lo general gracias a la comparación y cotejo de casos particulares, de lo que contienen de datos fácticos situados en su orden diacrónico, de indicios descriptivos o explicativos propuestos por los sujetos, gracias al descubrimiento de recurrencias de un itinerario biográfico a otro y a la *elaboración de conceptos e hipótesis* a partir de esas recurrencias. Bajo este punto de vista, la función de los datos no es comprobar las hipótesis establecidas de antemano, sino facilitar la construcción de un cuerpo de hipótesis.

Cuestiones de muestreo

Para descubrir lo qué hay de general, incluso de genérico, en cada caso particular hay que disponer no de un solo caso, sino de una serie de casos organizada de tal forma que sea posible su comparación, lo que implica a la vez similitudes y diferencias: ésa es la problemática de la obtención de la muestra.

La variedad de las posiciones

En el trabajo de campo, la noción de muestra «estadísticamente representativa» apenas tiene sentido; queda reemplazada por la de «construcción progresiva de la muestra» (el *theoretical sampling* de Glaser y Strauss, 1967).

Teniendo en cuenta la omnipresencia de las relaciones de poder en nuestras sociedades, es de suponer que el mundo social que se intenta comprender sea el producto de actividades reguladas y de interacciones de un cierto número de categorías de agentes/actores situados en *posiciones* diferentes los unos respecto de los otros. Esas posiciones se caracterizarán por estatutos formales e informales, por roles, intereses, recursos para la acción, relaciones intersubjetivas de

alianza y de oposición, márgenes de maniobra, y todas esas características variarán considerablemente según el tipo de posición que se ocupe. Así pues, es fácil suponer que los agentes/actores contribuirán no sólo con experiencias diferentes de las relaciones sociales según su posición estructural (y su itinerario pasado), sino también con puntos de vista diferentes (incluso opuestos en cuanto a su carga de evaluación) sobre las mismas realidades sociales: los puntos de vista difieren según se sea empresario, directivo u obrero de una misma fábrica; o bien delincuente profesional, inspector de policía, magistrado o abogado; o también paciente en un hospital, enfermera o médico. Este fenómeno de múltiples percepciones (y de prácticas múltiples) de una misma realidad es fundamental: la percepción que un actor consigue de una situación dada constituye para él *la* realidad de esa situación; y el actor social se verá impulsado a actuar en función de esa percepción y no de la realidad objetiva tal como trata de conocerla el sociólogo. Incluso las percepciones más alejadas de la realidad son «reales en sus consecuencias», según la famosa fórmula de W. I. Thomas.² Y es en función de este fenómeno de variedad de posiciones y de puntos de vista como se logra construir poco a poco una muestra, recurriendo a las diferentes categorías de agentes/actores, y a las subcategorías que hubieran parecido pertinentes a lo largo de la encuesta (por ejemplo, obreros afiliados a un sindicato o no afiliados, militantes o pasivos). Y puesto que ninguna categoría de actores posee por sí sola la verdad, el trabajo de construcción de un modelo de objeto de estudio consistirá en relacionar todos ellos de forma crítica por parte del investigador.

La diferencialidad

Es necesario ir más lejos y mencionar el fenómeno que proponemos llamar *diferencialidad*: personas situadas exactamente en el mismo

2. «Para poner un ejemplo extremo, el director de una prisión de Nueva York se negó a [...] dejar salir a un prisionero [...]. Explicó que el hombre era demasiado peligroso. Había matado a muchas personas que tenían la desdichada costumbre de hablar consigo mismas cuando caminaban. Al verlas mover los labios se imaginaba que le injuriaban [...] y él se comportaba en consecuencia. Si hay hombres que definen ciertas situaciones como reales, esas situaciones son reales en sus consecuencias» (William I. Thomas y Dorothy S. Thomas, *The Child in America*, 1928).

escalafón pueden desempeñar su papel, ejercer su actividad de forma muy diferente porque su personalidad no tiene la misma estructura o, para adoptar el concepto elaborado por Bourdieu, no tienen el mismo *hábito*, en el sentido del conjunto de «esquemas de percepción, de apreciación y de acción».

El fenómeno es universal; pensemos, por ejemplo, en las diferencias de conducta entre los docentes de un mismo colegio. El importante testimonio de un intelectual establecido como obrero en un taller de las oficinas Citroën puso de manifiesto las grandes diferencias de personalidad de los empleados que allí trabajaban como OS;* diferencias claramente vinculadas a las de sus respectivos itinerarios en la vida. Esas diferencias aparecieron ya en la forma de ejecutar cada uno su trabajo y habrían de ser cruciales cuando se manifestó un conato de huelga (Linhart, 1981).

La sociología del trabajo ha demostrado que, incluso para los agentes en posición de simples ejecutantes, los márgenes de maniobra siguen siendo muy amplios. Monjardet (1996) lo ha demostrado con los policías de base, a pesar de ser uno de los oficios más coartados por su propio reglamento interno; véase también Benguigui, Orlic, Chauvenet (1994) para los guardas de prisión. En una comisaría de barrio situada cerca de una ciudad dormitorio «difícil», ciertos sociólogos pudieron observar que, cuando había que intervenir, eran siempre los mismos policías los que iban al tajo. Uno de ellos había crecido en una ciudad similar, lo que le permitía comprender mucho mejor que sus colegas la forma de actuar de los habitantes y prever su conducta (Delcroix y Cunha, 1991). Ese *capital de experiencia biográfica* le diferenciaba notablemente de sus colegas; lo mismo que su vocación de policía le distinguía de quienes habían entrado en el cuerpo para lograr en él la condición de funcionario.

Otro ejemplo, observado durante una encuesta sobre el divorcio: la ley deja al magistrado la libertad de confiar la tutela del niño al padre o a la madre. Ahora bien, las estadísticas judiciales demuestran que la proporción de los juicios en que se otorga la tutela al padre varía considerablemente según los tribunales. Este fenómeno apenas puede explicarse si no es por la diferencialidad de los magistrados que trabajan en ellos.

* Obrero no cualificado. (N. del T.)

Por lo demás, las empresas privadas o públicas, las organizaciones políticas, sindicales y asociativas colocan y cambian su personal teniendo en cuenta el fenómeno de la diferencialidad. El principio es general; E. Campagnac lo ha ilustrado con un ejemplo muy particular, pero muy claro: al estudiar el reclutamiento de las nuevas acerías gigantes de Dunkerque observó que la dirección elegía para los hornos y para el tren de laminado a antiguos mineros acostumbrados a condiciones de trabajo muy duras y peligrosas y al trabajo en equipo; en cambio, para los puestos de «caristas» —conductores de pequeños vehículos que circulan rápidamente por el laberinto de la fábrica— elegían a antiguos conductores de máquinas llegados del oficio (Campagnac, 1982).

Este último ejemplo muestra que la diferencialidad que resulta del capital específico de experiencia biográfica no atañe sólo a la diferenciación de las conductas en un mismo puesto: a medio plazo, también influye en el reparto de las personas en los distintos puestos.

Para entender este fenómeno y sus consecuencias locales hay que tratar de discernir claramente lo que, en función de los itinerarios biográficos específicos o de los complementos subjetivos específicos de esos itinerarios, ha convertido a los individuos en portadores de esquemas de conducta diferentes: de ahí el recurso a los relatos de vida.

La exigencia de variación

Lo que importa en la perspectiva etnosociológica es que se haya recurrido de la forma más exhaustiva, según las posibilidades del investigador, a la *variedad* de los testimonios posibles. Lo que está en juego no es solamente de carácter descriptivo, sino que va en ello la validez misma del modelo.

Supongamos por ejemplo que el investigador, gracias a la observación de ciertas reiteraciones, haya llegado a una primera formulación del modelo. Aún tiene que ir a buscar casos muy distintos de aquellos a partir de los cuales ha trabajado hasta ahora y asegurarse de que esos casos no ponen su formulación en tela de juicio; y si así fuera, tendrá que modificar el modelo en consecuencia.

La mejor ilustración de este proceso sigue siendo la de la investigación de Lindesmith (1949) sobre los heroinómanos. Su hipótesis

inicial era que la toxicoddependencia aparecía tras la experiencia del *flash*, hipótesis confirmada por todos los toxicómanos entrevistados. Pero Lindesmith quiso entrevistarse también con personas que, durante su estancia en el hospital, habían recibido sin saberlo dosis de morfina destinadas a aliviar sus dolores. Esas personas habían experimentado un repentino estado de bienestar; sin embargo, no se habían convertido en toxicómanas. Por lo tanto, había que revisar la hipótesis inicial: entre la inyección y la experiencia de sus consecuencias había que introducir, para explicar la aparición de la toxicoddependencia, al menos la mediación *consciente* de la relación causa-efecto. Los pacientes del hospital no conocían la causa de su súbita euforia y por ello no se convertían en dependientes. Lindesmith acababa de descubrir el principio metodológico de «la investigación del caso negativo», el que obligará al investigador a replantear su teoría. Ese principio tiene un valor universal: puesto que el objetivo de una encuesta etnosociológica es elaborar progresivamente un cuerpo de hipótesis, es decir, un modelo de la forma en que suceden las cosas, ese modelo sólo se puede considerar seguro si el investigador ha ofrecido todas las posibilidades de desestimarlas.

El estatuto de las hipótesis

Un último aspecto que diferencia radicalmente la investigación etnosociológica del proceso hipotético-deductivo es el del estatuto de las hipótesis: aquí no se trata de verificarlas, sino de elaborarlas partiendo de las observaciones y de una reflexión basada en las recurrencias.

En el trabajo de campo el investigador se cuida ante todo de abrir los ojos, los oídos, la inteligencia y la sensibilidad a todo lo que se pueda decir o mostrar. Ha ido hasta allí no para comprobar hipótesis planteadas *a priori*, sino para elaborar al menos algunas; y no sólo ni principalmente bajo la forma de «relaciones entre variables», sino bajo la forma de hipótesis sobre la configuración de relaciones, de los mecanismos sociales, de los procesos recurrentes; sobre ciertos juegos sociales y lo que va en ellos; en una palabra, sobre toda clase de elementos que permitan imaginar y comprender «cómo funciona eso».

Su tarea en cuanto sociólogo consiste en discernir, sobre el cam-

po mismo o mediante el análisis de los materiales recogidos, la presencia de tales elementos y en determinar sus límites, en nombrarlos (buscar la denominación más adecuada), en revisar las diversas formas bajo las cuales los ha hallado para estar seguro de que no son un puro producto de su imaginación y en construir con ellos en forma de hipótesis una representación discursiva por medio del vocabulario sociológico existente o, si fuera necesario, corregido o enriquecido. Así es como llegará poco a poco, mediante continuas idas y venidas entre observaciones y teorizaciones parciales, a adquirir una visión coherente, formulada en términos sociológicos, de su objeto de estudio.

Puesto que las hipótesis elaboradas de esta forma corresponden a observaciones concretas, ya contienen en sí mismas una cierta garantía contra las especulaciones gratuitas (Kaufmann, 1996). Otras se habrán formulado y después se habrán abandonado durante la investigación tras el examen ulterior del campo y del análisis de los datos; las que quedan son las que han resistido. Éstas «se han comprobado» caso por caso y han resistido a la investigación de los casos negativos; pero, para estar seguros de que se trata efectivamente de hipótesis «explicativas», habría que recurrir en rigor al método experimental, lo que en las ciencias sociales está fuera de contexto.

Así pues, se dirá que el modelo elaborado de esta forma tiene el valor de una *interpretación plausible* más bien que de una explicación en sentido estricto. Otros investigadores que trabajaran en terrenos similares (por ejemplo los de las barriadas del extrarradio) quizá hubieran llegado a interpretaciones notablemente diferentes, pero no necesariamente contradictorias; se hubieran interesado por otros aspectos del proceso social-histórico y habrían hecho hincapié en ellos para elaborar su modelo. La vía del conocimiento en ciencias sociales progresa mediante la comparación de interpretaciones alternativas basadas en observaciones y no mediante el imposible método experimental.

Añadamos sólo que la comparación constituye, como muestra la obra de Max Weber, un poderoso medio de consolidar una interpretación y de aumentar su alcance potencial: no hay como un cambio de ámbito para poner a prueba una interpretación elaborada inicialmente acerca de un ámbito específico.

Así pues, la pregunta habitual «¿ha verificado usted sus hipótesis?» adquiere en la investigación etnosociológica un significado es-

pecífico. Responder que se ha «verificado» una hipótesis porque concuerda efectivamente con los casos concretos a partir de los cuales se ha elaborado sería una tautología. En cambio, lo que se puede decir en apoyo de una hipótesis elaborada de esta forma es que se han examinado otras y que la que se ha elegido ha demostrado ser la mejor de momento.

Por supuesto, también es necesario que todas las hipótesis elegidas concuerden entre sí. Sin embargo, la búsqueda sistemática de la coherencia podría llegar a ser una trampa especulativa, en la medida en que apareciera demasiado pronto en el proceso de investigación e impidiera mostrarse sensible a muchas señales que aparecerán necesariamente en el trabajo de campo. Con cierta frecuencia esas señales «contradictorias» constituyen las pistas más interesantes; esas señales, con la sola condición de observarlas atentamente y seguirlas con decisión, pueden llevar a poner en tela de juicio las representaciones espontáneas del investigador.

La generalización de los resultados

Acabemos este examen general epistemológico con la cuestión de la *generalización*, que los etnólogos y los historiadores tienen la dicha de poder olvidarse de ella, pero que para los sociólogos constituye un paso obligado.

Lo que otorga un valor generalizador a los datos recogidos mediante cuestionarios es su número y sobre todo el principio de la *muestra* (estadísticamente) *representativa*: sólo ella permite generalizar a millones de individuos la configuración estadística (distribución y correlación de las variantes) observada en algunos miles e incluso en algunos centenares de ellos. Es cierto que esta ventaja tiene su precio (la estandarización de las cuestiones, por ejemplo), pero salta a la vista y tiende a imponerse como respuesta única y exclusiva a la cuestión de la generalización.

¿Cómo es posible generalizar los resultados de un trabajo de campo a una sociedad entera? Lo que se ha observado en una ciudad dormitorio, en una oficina de correos, una comisaría, un taller, un club de tiro, un asilo para ancianos, un servicio de hospital o cual-

quier otro microcosmos, ¿puede considerarse característico de *todas* los microcosmos del mismo tipo que existen en todo el territorio? ¿Basta la observación elaborada partiendo de unas cuantas decenas de casos de divorcio, o del itinerario seguido por unas cuantas decenas de jóvenes delincuentes, de diabéticos o de disminuidos mentales para elaborar un modelo generalizable a *todas* las personas que se hallan en la misma «situación»?

La verosimilitud de una respuesta positiva a esta cuestión es mayor cuando el microcosmos estudiado (escuela maternal, comisaría, oficina de correos, consultorio de protección materna e infantil) depende de una institución nacional que impone por doquier las mismas reglas de funcionamiento. Pero sigue existiendo, aunque en un grado menor, cuando se trata de otro tipo de microcosmos, como por ejemplo las ciudades dormitorio o las «urbanizaciones» artificiales construidas por un mismo promotor inmobiliario. La verosimilitud de las generalizaciones acerca de un modelo social depende totalmente del descubrimiento de «mecanismos genéricos», de configuraciones específicas de relaciones sociales que describen situaciones, de lógicas de acción que se ponen en práctica —por encima de los fenómenos de diferencialidad— en respuesta a esas situaciones, de procesos sociales originados de este modo. La forma de avanzar por este camino es descubrir lo general entre las formas particulares. Eso requiere la investigación de recurrencias y lo que ha dado en llamarse la *saturación* progresiva del modelo (Glaser y Strauss, 1967; Bertaux, 1980).

En la investigación etnosociológica sobre una categoría de situación, el camino hacia la generalización sigue una lógica parecida. Es cierto que aquí no hay microcosmos; y no es una sola entrevista con un «sin hogar», por más que se trate de un relato completo acerca de toda su vida, lo que permitirá captar la situación de los SDF en general. Se trata más bien de multiplicar los estudios de casos individuales variando todo lo posible las características de los casos observados. No obstante, por poco que se concentre la atención sobre los procesos sociales que se hallan en un segundo plano respecto de los casos individuales, se conseguirá descubrir rápidamente ciertas recurrencias, a partir de las cuales se podrá comenzar a elaborar algunas hipótesis sobre el proceso o el *tipo* de procesos mediante los cuales las personas llegan a encontrarse en la situación estudiada, sobre las características estructurales de esas situaciones, sobre la lógica de ac-

ción que se crea en respuesta a tal situación. A pesar de la verdad de cada caso, se llega a la confirmación de las hipótesis y a una cierta saturación del modelo elaborado por el investigador, modelo que adquiere de esta forma un valor generalizado.

El tropismo del sociólogo hacia lo general

En la investigación etnosociológica, el investigador va hacia el campo si no sin ideas preconcebidas, al menos parcialmente consciente de su ignorancia. Sin embargo, si ha elegido ese objeto de estudio es porque se plantea una *pregunta* acerca de él, pertinente sin duda desde el punto de vista del sentido común. Lo que trata de responder la investigación es esta pregunta, a veces sin formular, a veces manifiesta de manera un poco artificial. Podemos garantizar que si la pregunta está bien planteada, terminará reformulando la cuestión, que en cualquier caso no dejará de inspirar al investigador y de dar forma a su construcción del modelo a lo largo de la investigación.

Pero no puede tratarse más que de una cuestión *general*: no se refiere a tal o cual microcosmos, a tal o cual caso, sino a un mundo social o a una situación social. El modelo se va a construir en torno a ese mundo o a esa situación: por ejemplo, «¿qué diferencia a los jóvenes que hallan inmediatamente un empleo estable de sus camaradas de la misma promoción?» y no, por ejemplo, de los jóvenes de *tal* ciudad o de *tal* barrio. El sociólogo, a la inversa del etnólogo, lleva ya en su interior un interrogante sobre un fenómeno social que se extiende a toda la sociedad estudiada, a la totalidad de su territorio. Como ese interrogante se plantea en términos generales, orientará constantemente su reflexión hacia un «nivel» de teorización que superará el marco necesariamente local de las observaciones. Es una de las razones, quizá la principal, que hace que el sociólogo no tenga por qué temer sumergirse durante un tiempo en las particularidades de un campo o de una serie de casos particulares: tiene suficientes recursos intelectuales que terminarán por llevar su reflexión, lo quiera o no, hacia conclusiones de alcance general.